

## *Fuentes para el estudio del Latín*

*Enrique Ruggeri Vega (\*)*

Cuando se habla del estudio del latín, se suele entender que ello constituye el aprendizaje de la lengua para su uso, en la traducción de textos antiguos o modernos escritos en latín. Sin embargo, el estudio del latín al que nos referimos es aquel que tiene por objeto específico esa realidad lingüística que abarca no sólo las estructuras morfosintácticas y los abundantes listados de léxico, sino también la cosmovisión que la lengua implica, con sus especiales características que indudablemente tocan también las concepciones filosóficas peculiares de un pueblo, como los conceptos del tiempo y del espacio, y los aspectos históricos que conviven con la lengua y que pueden suponer, a veces, determinadas realidades del lenguaje, sus cambios o su inmutabilidad en el transcurrir de las edades.

Es evidente que la lengua no existe sola en el pasado, independientemente y aislada de la vida del romano. Es el lenguaje propio el que reproduce en sus construcciones los avatares y vivencias de ese pueblo maravilloso.

Porque como dice Traina <sup>1</sup>, "el modo de reivindicar la auténtica historicidad de la lengua contra la pura sucesión de la diacronía es, como lo afirmaba Humboldt, más bien una diferencia de "visión de mundo", esto es, el fruto de distintas

(\*) Profesor de latín y Director del Depto. de Español de la Universidad de Concepción

<sup>1</sup> F. STOLZ - A. DEBRUNNER - W. P. SCHUNID, *Storia della Lingua Latina*. Introducción y notas de Alfonso Traina p. II. Pátron. 1973.

experiencias históricas. "Porque, como sostiene Trager<sup>2</sup>, las estructuras lingüísticas caracterizan una determinada civilización, con el mismo rango e importancia, que las estructuras sociales, jurídicas y religiosas.

La lengua es, en general, uno de los distintos esquemas posibles, quizás el primero, que permite la organización de los datos que producen las experiencias de los grupos humanos en la trascendencia del tiempo.

Los esquemas organizativos resultan a su vez, modelos de comportamiento que influyen sobre la interpretación de la realidad. Por esta razón, la lengua condiciona la percepción de la realidad y, por esto mismo, las estructuras no son sino una diferencia que, contribuye a modelar la imagen del mundo. Pero como sostiene Schaff<sup>3</sup> y lo confirma Traina<sup>4</sup>, es preferible entender esta relación como una interacción: "La realidad plasma el lenguaje el cual a su vez plasma la imagen de la realidad".

Por todo lo anterior, resulta difícil hoy aceptar un estudio permanentemente diacrónico del latín, considerándolo sólo como un estadio intermedio entre la etapa indoeuropea y la etapa romance.

Un acertado estudio del latín, debe apuntar a descubrir las estructuras que conforman su propio sistema, y que, en cuanto tal, permiten un análisis comparativo con otros sistemas de otras lenguas indoeuropeas e, incluso, con las llamadas lenguas romances, que aun siendo la evolución natural del latín, han llegado a constituir identidades propias en el marco del devenir histórico en el que se desarrollaron y fortalecieron.

Un aspecto puede demostrar esta relación entre lenguaje y cosmovisión, en el caso del latín comparado con el griego: la concepción del tiempo. Como es sabido, la gran distribución del léxico latino es: *nomina, verba, particulae*, que siendo tres, se reducen a dos por la oposición funcional que permite su clasificación: los nombres se declinan, los verbos se conjugan, las partículas no se declinan, ni se conjugan. Los nombres son estáticos, son símbolos del objeto; el verbo es el signo de un proceso que se desenvuelve en el tiempo. En el desarrollo del subsistema nominal y verbal que el griego y el latín se han dado, pareciera mostrarse una verdadera antítesis de cosmovisión. Como dice F. Altheim<sup>4</sup>, citado por Traina, "El romano ha visto la realidad menos bajo la imagen de su esencia, que bajo aquella del tiempo". La temporalidad romana, opuesta a la "Teoría" griega, es una impronta que afecta a todos los distintos aspectos de la civilización latina. En el arte, la temporalidad toma la forma del estilo narrativo continuo, como aquél de la columna Trajana. La religión romana está inmersa en el tiempo. Sus deidades más características, son divinidades del instante, muchas faltas de

<sup>2</sup> Citado por G. MOURIUM, *Les problèmes théoriques de la traduction*, Paris, 1963, pág. 60.

<sup>3</sup> A. SCHAFF, *Introduzione alla Semantica*, Roma, 1965, p. 316.

<sup>4</sup> F. ALTHEIM, *la religion romaine antique*, 1955.

mitos, que se manifiestan en la pura acción, sea que iluminen la vida y el trabajo humano, sea que hagan divino un momento histórico irreplicable, v. gr. el *Aius locutus*, la voz que avisó a los romanos el acercarse de los galos o el Tatanus Rediculus, la fuerza que detuvo a Aníbal delante de la puerta Capena. Como dice Altheim: "El romano no se representa la divinidad como un ser fijo, sino como una forma que se manifiesta en el tiempo. Los Dioses tienen necesidad de un acto para surgir, y desde este hecho, están activos, agentes, como lo expresan sus nombres".

En el derecho, la obra más original de los romanos, la temporalidad es evidente. La jurisprudencia latina es asistemática y dinámica, porque rechaza cualquier formación apriorística para adherir al constante y perenne cambio y mutabilidad de la vida, es una obra de creación ininterrumpida: es el *edictum perpetuum* (Como dice De Santis<sup>5</sup>). La misma adaptación gradual continua muestran las Instituciones políticas, que son particularmente sensibles para conciliar la tradición con la innovación. Ya Catón lo decía refiriéndose a la creación de las ciudades griegas comparadas con las romanas, aquellas obras de legisladores individuales, éstas nacidas de la obra continuada, de la acción colectiva: *Nostra autem res publica non unius esset ingenio, sed multorum, nec una hominis vita, sed aliquot constituta saeculis et aetatibus* (Cic. De republica, 2, 2).

El sentido del tiempo establece una clara diferencia entre Roma y Grecia. El tiempo griego es un tiempo cósmico, medido por las evoluciones celestes y tiende a cerrarse en círculo, como un espejo de la eternidad. Su proyección mítica es el eterno retorno, como aparece radicado en las cosmologías Helénicas, desde Pitágoras a los Estoicos. El círculo es el símbolo de la inmutabilidad divina. A pesar de que el tiempo del hombre es el tiempo de la imperfección y de la contingencia, el tiempo de la historia imita al círculo, el que cuando pierde su sentido sagrado, llevará, por ejemplo, a la rueda (círculo) de la fortuna. Al contrario, Cicerón dirá que la eternidad de la ciudad sólo se debe al estado bien constituido: *Debet enim constituta sic esse civitas, ut aeterna sit* (Cic. Rep. 3, 34).

En Roma el tiempo es un tiempo histórico, esencialmente *lineal*. La historia tiene su valor en Roma, porque el tiempo tiene su valor, un valor infinito: *Urbs in aeternum condita* (Liv. 4, 4, 4) La fundación de Roma es un hecho histórico irreplicable que divide la historia en dos mitades: ante et post urbem conditam. Este concepto parece anunciar la bipartición de la era cristiana que, también divide el tiempo en dos mitades, antes y después de Cristo. El eterno retorno ya no tiene sentido, como dice San Agustín, después de que "Cristus mortuus est" (Civitas Dei 12, 13, 2). La historia "Cristocéntrica" se modela sobre la base de la historia "romanocéntrica".

La concepción latina del tiempo, en oposición a aquella griega, se manifiesta

<sup>5</sup> G. De SANCTIS, *Storia dei Romani*, t. I. Firenze, 1957, p. 7

<sup>6</sup> F. STOLZ et alii. *Storia della Lingua latina*, Pátron, p. 23

en el lenguaje mientras el griego y otras lenguas indoeuropeas propinan la variedad de tres aspectos verbales, los latinos la reducen a dos, en la ordenada flexión verbal de los romanos. No es sólo esta reducción un hecho cuantitativo, sino una causa eficiente para el funcionamiento regular de la conjugación latina. Lo que fue en un comienzo una diferencia espectral, pasa a constituir una clara diferencia temporal, en cuanto que, mientras el *infectum* mantiene su aspecto durativo, el *perfectum* (acción ya terminada) produce dos valores temporales netamente: el valor absoluto de pasado (p. ej. el pretérito perfecto de indicativo) y el valor relativo de anterioridad, en el juego ordenado de la *Consecutio Temporum*, sobre todo en las oraciones subordinadas. *Artifici incundius est pingere quam pinxisse* (Sen. ep. 9. 1) (Para el artista es más agradable pintar que haber pintado).

Pero también en la sintaxis modal la oposición binaria latina permite un ordenamiento ejemplar: el indicativo opuesto al subjuntivo. Mientras el indicativo tiende a expresar la objetividad, el subjuntivo manifiesta la subjetividad y la subordinación. Y en esta relación la oración principal influye en la subordinada, como una fuerza centrípeta, considerando el modo y el tiempo. Es esta ley de la sintaxis latina una muestra del amor por la organización jerárquica que se revela no sólo en el ámbito lingüístico, sino en la vida social y política. Como dice Traina: "Lingua di costruttori di Impero: *totum sub legibus mitteret orbem*" (Virg. Aen. 4.231). (Lengua de constructores del Imperio: todo el orbe bajo las leyes).

La lengua sólo puede estudiarse con amplitud y mayor certeza, si es considerada con la relación interactiva con la realidad circundante.

Pero, abundemos en ejemplos: frente a la multiplicidad de las lenguas literarias de Grecia, tantas como dialectos consagrados en las varias eisé, en Roma, la urbanitas, la lengua culta de la ciudad y de los ciudadanos, ha causado la extinción de los dialectos y la consolidación de una lengua literaria. Frente al particularismo helénico, se opone la centralización romana, social, política y lingüística.

La lengua latina indicaba primitivamente la lengua de la región del Latium, pero el latín propiamente dicho es la lengua de la ciudad de Roma y quizás el dialecto de uno de los grupos étnicos que fusionados dieron origen a la ciudad de Roma. Con el avance de dominio de Roma sobre la región, la península, el mundo conocido, su lengua será el vehículo que llevará su cultura y cosmovisión a los lugares más apartados, ayudando a consolidar el dominio y a transmitir su civilización. Pero la lengua latina tiene y mantiene una relación estrechísima con su realidad literaria, por esto, la lengua de Roma se manifiesta en dos maneras: la lengua culta (*sermo nobilis*) y la lengua popular (*sermo vulgaris*) que coexisten y que sólo se reavocan hacia el fin del Imperio y en parte se unen.

Por esto, cuando se habla de fuentes para el estudio del latín, se deben considerar, en primer lugar, las relaciones del latín con las otras lenguas afines o culturalmente mayores y la propia evolución de la lengua en el tiempo en sus

distintas manifestaciones. Como fuentes de esta evolución histórica, debemos tener presente las obras de la literatura romana, las inscripciones, los nombres propios, los préstamos lingüísticos, y las notas, observaciones y comentarios de los gramáticos romanos.

Es importante consignar que el latín es una lengua de origen indoeuropeo, en la rama del itálico, que comprende dos grupos principales: el latino-falisco y el osco-umbro. Si se consideran los rasgos comunes de estas lenguas itálicas, se podría pensar en una lengua hipotética y reconstituida que podría llamarse el itálico común. Pero, más importante que pensar en una lengua común y previa a estas distinciones es constatar que una de ellas, la lengua latina, va a predominar por sobre todas. Sin embargo, es útil recordar que, con excepción del osco, ya en el tiempo de Augusto todos los dialectos itálicos habían sido suplantados por el latín, lengua del Imperio; sin embargo, se hablaba todavía el etrusco en la Italia Central y al sur de la península el mesápico y el griego. En las ruinas de Pompeya, sepultada en el 79 D. C., se encuentran inscripciones oscas, verdaderos monumentos epigráficos.

Como fuente para el estudio del latín, sin embargo, es importantísimo considerar las influencias que otras lenguas contemporáneas y anteriores tuvieron en su formación. De todas las lenguas habladas en Italia, desde el tiempo más antiguo, ninguna influyó más en el latín que el griego. Sólo con la ayuda del griego, la lengua de la ciudad de Roma se convirtió en la lengua de la civilización latina. En la edad preliteraria, préstamos lingüísticos griegos llegaron a Roma desde las colonias griegas de la Italia meridional y desde la Sicilia, ya por contacto directo, ya por mediación etrusca, osca o mesápica. En mayor medida influyó después en la edad literaria de la lengua, contribuyendo a formar su literatura y, al final, el influjo de los griegos tiene su punto de culminación en la lengua latina con la llegada del cristianismo. Hay que tener presente que el influjo de los griegos parte ya desde el uso de los signos gráficos, el alfabeto, que ellos habían tomado de los fenicios y que a través de los etruscos pasa a Roma y que permite la escritura de la lengua, su fijación en el tiempo, su permanencia, su aprendizaje y su posibilidad de expresar, a pesar del tiempo, la belleza, la ley, la historia. El contributo griego a la lengua latina, debe considerarse, fundamentalmente, como un préstamo de términos, especialmente filosóficos y científicos, pero la usanza más habitual es el "calco" de las palabras griegas, según el modo latino.

Las inscripciones, como dice August Bockh, citado por Stolz et alii, tiene un extraordinario valor que se expresa del siguiente modo: "Son el "codex diplomáticus" de la antigüedad pública, proporcionan importantes noticias sobre la condición de la vida privada, aclaran el sentido de los monumentos artísticos, dan un cuadro inmediato de las diversas formas del culto religioso y son decisivas, en última instancia, para la historia de la lengua y de la escritura, dado que representan directamente las diversas etapas de su desarrollo".

Mejor que la literatura, las inscripciones nos permiten conocer la lengua hablada de un tiempo y tienen el valor de ser verdaderos originales; en cambio, los más

antiguos manuscritos son todos copias, pasadas por muchas manos, que pueden, por esto mismo, contener muchas corrupciones y errores.

Las inscripciones más antiguas son de carácter de alabanza, por ejemplo, los famosos epígrafes funerarios de Escipión en versos saturninos, dedicados a Lucio Cornelio Escipión o legales como el *Senatum Consultum* de Bacanalibus del año 186 a. C. Pero también están las inscripciones electorales de Pompeya, verdaderos testimonios de civilidad y participación ciudadana y los graffiti que aportan la frescura y espontaneidad de un momento en la historia.

El valor de los documentos literarios para constituirse en fuente para el estudio del latín, desde el punto de vista de su historia, es distinto según sea el período a que pertenezcan y el género al que han sido adscritos. Para conocer, por ejemplo, la evolución histórica del latín, la lengua usada por Plauto y Terencio y, en general, la de los poetas escénicos, es, sin dudas, más importante que la de los poetas líricos del fin de la república y del inicio del imperio. Como dice Stolz, en las partes dialogadas, en efecto, el drama se sujeta al modo de expresarse en uso de la sociedad romana de ese tiempo y puede ser considerado como una reproducción de la lengua hablada (aunque se debe tener en cuenta, por cierto, la invención de términos del autor, sobre todo neologismos). En cambio, el género lírico presenta influencias artísticas de distintos tipos. Aunque también aquí debe establecerse cierta precaución. Es cierto que las odas horacianas muestran una lengua refinada y artísticamente adornada, pero también es verdad que Catulo tiene, en su obra, una lengua descarnada y, a menudo, expresiones crudas y elementales. Para la historia de la lengua, sirve más lo que resta de los anales de Ennio, que la Eneida de Virgilio, aunque Ennio hubiera sido el modelo de Virgilio, en la morfología, en el léxico y en la sintaxis.

En general, los productos literarios más antiguos tienen una mayor importancia para el estudio de la evolución de la lengua, porque ésta no había alcanzado todavía el nivel definitivo de su perfección.

Pero también obras más recientes, si así pueden llamarse, como la *Cena Trimalchionis* de Petronio, que probablemente sea de la época de Nerón son importantes para la historia de la lengua. En ella aparecen numerosos estratos de lengua, fuera de los trazos de las costumbres, la lengua popular de ese tiempo, que se muestra tanto en la narración misma, como en los diálogos de los libertos que caracterizan a Trimalción y a sus compañeros.

La conciencia de la búsqueda de la perfección que se alcanza en el latín clásico, es evidente en los más grandes representantes o modelos de clasicismo latino: César y Cicerón. La preocupación por la pureza en el escribir lo manifiesta el propio César cuando recomienda: *ut tanquam scopulum sic fugias inauditum aut insolens verbum* (Como de un escollo así huye de la palabra insólita o nueva (no oída). La cuidadosa selección de las palabras, el respeto meticuloso del orden y del ritmo que descansa en la cantidad silábica y aún el cuidado por la armoniosa estructura del período, constituyen la *concinitas*, base de la *urbanitas*, la lengua culta de la Urbe,

que de la escritura pasa a la lengua hablada de los Romanos cultos.

La *latinitas* en opinión de Varrón es *incorrupte loquendi observatio secundum romanam linguam* ("atenerse al hablar incorrupto según la lengua de Roma) o bien, según la *Rethorica ad Herennium*: *quae sermonem purum conservat, ab omni vitio remotum* (la que mantiene pura la lengua, libre de todo vicio). En la que por la palabra *vitium* debe entenderse tanto los solecismos (nexos de palabras sintácticamente errados) como los barbarismos (como por ejemplo: *peres* en lugar de *pedes*).

Pero si la preocupación por la lengua y su uso correcto aparece en los propios autores clásicos, cultores y creadores de belleza en sus escritos, los gramáticos nos entregan una fuente directa en la reflexión que hacen sobre la lengua.

La primera difusión de una erudición sistemática y metódica sobre la lengua se encuentra en la obra de Lucio Estilón Precomino (154 al 74 a. C.) que fue maestro de Cicerón y de Varrón. Un hombre de gran preparación, conocedor de la literatura griega y latina, que desarrolló una vasta actividad de filólogo y de anticuario. Cicerón en su obra *Brutus* hace de él una gran alabanza. Pero el verdadero impulso para desarrollar en Roma los estudios gramaticales viene de las escuelas gramaticales de Pérgamo y Alejandría. A través del filósofo Cratete, que según lo que cuenta Suetonio en su escrito *De Illustribus Grammaticis*, se encontraba en Roma como Embajador hacia el año 169 a. C., se conocen los estudios científicos de la escuela de Pérgamo.

Sin embargo, el verdadero fundador en los estudios gramaticales en Roma, fue el ya nombrado Estilón, que introdujo la influencia de la escuela alejandrina, no sólo en la gramática, sino también en la literatura.

En la primera obra sistemática de estudios gramaticales de Roma, *De Lingua Latina* de Marco Terencio Varrón (116 al 27 a. C.) se puede apreciar el influjo de la escuela alejandrina. Sin embargo, aunque Varrón comenta los argumentos de ambas escuelas, la analogía de Pérgamo y la anomalía de Alejandría, su propia posición simpatiza con la escuela de su maestro, es decir, con la anomalía y pretende conciliar, en los últimos libros de su obra, ambas escuelas, posición en la que es seguido por Horacio en su famosa *Ars Poetica*.

La controversia entre los partidarios de la anomalía y de la analogía fue grande y entusiasta. Vale la pena recordar que el propio César escribió una obra en favor de la analogía. Esta preocupación es tal que entre los años 23 y 79 d. C. Plinio Segundo publica una obra gramatical *Dubii Sermonis Libri VIII*, en el que pretende una vez más conciliar las dos posturas, con una posición intermedia, en la que junto a la analogía (*ratio*) se entrega un papel decisivo también a la vestustas dignitas y a la consuetudo, que correspondían a la anomalía.

Importante, por la aceptación y seguimiento que de él hicieron los gramáticos posteriores, es Q. Remmius Palaemon, que escribió en la primera

mitad del siglo I d. C. una obra gramatical, *Ars grammatica*, que desgraciadamente no se conserva, en la que sigue las doctrinas de Dionisio Tracio (la Tejné) y la tradición estoico-romana pre-existente. Se ha podido tener noticia de esta obra a través de Flavio Sosipatro Carisio, gramático de la segunda mitad del siglo IV d. C. A Remmius se atribuye, por ejemplo, la clasificación de los verbos latinos a partir de la vocal temática que se expresa en la 2ª persona singular del presente de Indicativo, en cuatro conjugaciones. A partir de considerar, como en los nombres el nominativo y el genitivo, así en los verbos de la 1ª persona y la 2ª persona del presente de indicativo, por ejemplo, *amicus/genus* nominativos no producen la diferencia, sin embargo, *amici/ generis* sí la producen. Así *laudo/lego* primeras personas y *laudat y legis*, si producen la discriminación. Su obra tuvo un influjo importante en todo el tiempo romano. Sin embargo, en la práctica y en la enseñanza del latín las Artes de Elio Donato, autor de la primera mitad del siglo IV d. C., maestro de San Jerónimo, constituirán el libro de enseñanza del latín hasta la edad moderna. Las *Artes* de Donato estaban escritas en dos estilos diferentes: la *Ars Minor*, en forma de preguntas y respuestas como un catecismo gramatical, en cambio la *Ars Maior*, como una exposición más acabada, en cuanto estaba destinada a los cursos superiores.

La obra de los gramáticos latinos, desde Estilón y Varrón, pasando por todos los autores intermedios hasta el propio Donato constituyen una fuente de enorme importancia para el estudio del latín, no tanto por sus contenidos teóricos o sus discusiones en torno a las grandes cuestiones lingüística, porque en ellas siguen a sus maestros griegos, sino por la enorme cantidad de información acerca de hechos lingüísticos que ellos acumularon en sus obras, aun no teniendo todavía conciencia de la evolución histórica y sistemática que experimentan las lenguas. Por ejemplo, es de gran utilidad la obra lexicográfica de Marco Verrio Flacco, maestro de la edad augústea, del cual se conserva una parte de un compendio denominado de *verborum significatu*, compilado por Pompeo Festo y recuperado gracias a Paolo Diácono, que vivió en el siglo VIII, autor de la famosa Historia de los Longobardos. La obra, en forma de un léxico, entrega información sobre el léxico más antiguo y gracias a ella se ha conocido parte importante del latín arcaico.

Es enorme la cantidad de información de autores, de citas, de fragmentos, etc. que pudieran citarse para complementar esta breve exposición, pero, en síntesis, lo importante es señalar que en los documentos, papiros o pergaminos, inscripciones o *graffitis*, lo que se manifiesta es una lengua viva, que representa una especial manera de concebir al mundo, que ha nombrado y catalogado la realidad en función de su propia y peculiar manera de expresión y que esa particular manera de concebir y nominar al mundo externo, responde a unas estructuras específicas de lenguaje, que formaron unos esquemas definidos y que permitieron que la experiencia de vida, con toda su fuerza, con todo su ímpetu,

penetraran, a su vez, las estructuras puramente lingüística para que éstas, en ese inefable modo de construir la memoria humana, pudieran reflejar la vivencia histórica y la magnificación de una sociedad imperial.

La lengua latina, mirada sólo en su funcionar interno, llena de lógica y conductora de grandes principios como la jerarquización y la temporalidad inmediata, como la organización proporcional y armónica, como la oposición binaria, etc. constituye un testimonio permanente de una civilización ejemplar.

No es casualidad que en un imperio de cientos de años, se haya tenido un lenguaje como el latín. Una cosa con otra, la lengua organiza la mente de los que construyeron un imperio. Sólo con una lengua como la latina se podía pensar, crear y organizar una civilización como la Romana. Es ese el mérito de la lengua y para conocer esta civilización, realmente, hay que sentir y paladear con la sensibilidad del intelecto, el vigor y el orden y la armonía que la lengua guarda, conserva y mantiene.

No es tampoco casual que la herencia de una civilización como la romana, perdure en la lengua. Las ruinas de los edificios podrán ser consumidas por el tiempo y por los hombres, pero la lengua dura en los siglos y permanece vigente en la literatura, las leyes, los principios ciudadanos y, más aún, en la vida azarosa de las lenguas romances que, herederas de un patrimonio, no pueden olvidar su origen, sino enaltecerlo, al comprender que no han nacido, sino de una cultura milenaria, que ya casi lo dijo todo en la vivencia humana, en su grandeza y en su miseria y que venciendo al tiempo conserva su eternidad en el cambio, y mantiene su vigor en el recuerdo y veneración de la *vetusta dignitas*. Aunque lo quisiéramos diferente, la *latinitas* nos invade y su fuerza y vigencia hace imposible ignorarla.